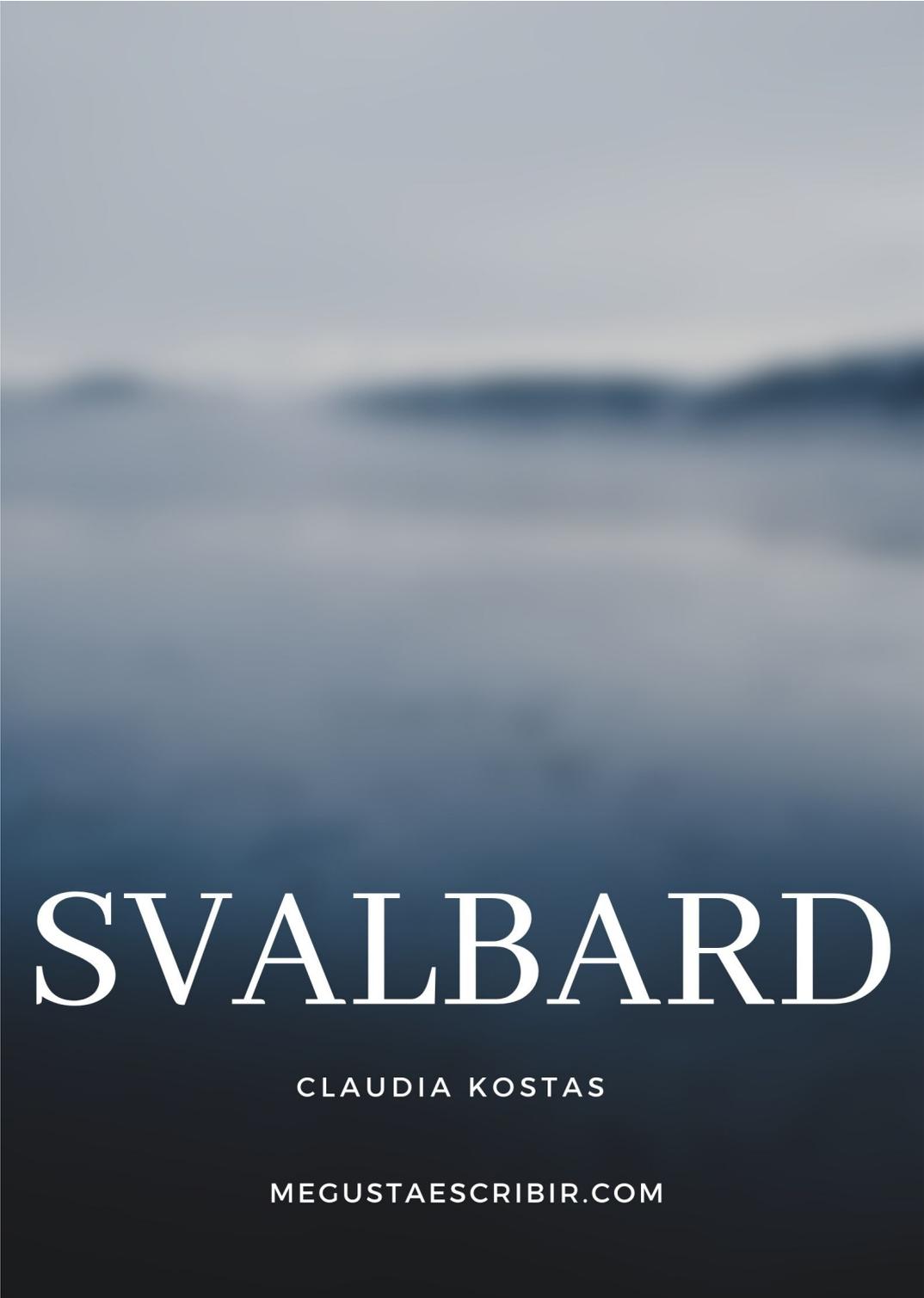


Svalbard

Claudia Kostas



SVAlBARD

CLAUDIA KOSTAS

MEGUSTAESCRIBIR.COM

Capítulo 1

Mi padre era pescador, y su padre antes que él, y ciertamente la cadena continuaba hasta los orígenes de mi familia. Mi madre, por su parte, había sido tendera. Su madre no; ella fue la cocinera en la casa de los exploradores que organizaban las primeras expediciones al Polo Norte. Svalbard se había convertido en el origen de los primeros viajes, y el poblado donde mi familia y yo vivíamos era el emplazamiento idílico.

La aldea no superaba un par de centenas de habitantes a dos años del siglo XX, pero teníamos todo lo que podíamos desear: un pequeño mercado, una botica, una sala que hacía las veces de escuela y sala de reuniones, y una diminuta tienda en el bajo de una casita con productos caros y extravagantes de los países más cercanos, en la Península Escandinava.

Pero, más allá de todo aquello, contábamos con un paisaje extremadamente cautivador.

Alrededor de la bahía se levantaban dominantes unas colosales montañas, cubiertas de nieve todo el año. Desde allí arriba, cuando todo el paisaje se dividía entre el blanco de las nieves y el azul del océano infinito, se podían distinguir con suma claridad las formas coloridas de las construcciones del poblado. A mi hermana le encantaba decir que era una táctica impecable para que no fuera fácil que se mimetizara con el intenso blancor.

Tras estos montes, una inmensa estepa helada se extendía por toda la isla de Spitsburgen, tan impactante y cautivadora como mortal, hogar de osos polares y brutales tormentas de nieve. El resto de islas del archipiélago repetían este patrón, con la única diferencia de que las demás aldeas no superaban los cincuenta lugareños.

Pese a tener un encanto particular, la naturaleza también ocupaba un lugar asesino.

Corrían los primeros meses del año 1898 cuando un viajero llevó a la isla un brote de fiebres que se llevó a mi madre, Helga. Su ausencia debilitó repentinamente a mi padre que, con el tiempo, también acabó contrayendo esa enfermedad letal. Resistió con todas sus fuerzas, y siguió yendo a pescar hasta la última tarde de su vida. No quiso yacer en su lecho de muerte durante días; el menor pensamiento de rendirse, como mi madre, resultaba demasiado doloroso para él.

El día que él también nos dejó, acababa de comenzar la primavera. Fue el fin de una larga sucesión de pescaderos que no continuaría con mi

hermano, pero eso aún no lo sabíamos.

Solo quedaba un hombre en casa: Hans, mi hermano mayor, de 15 años de edad. Tenía conocimientos muy básicos del asunto, y los vecinos llegaban a afirmar que mi melliza, Marie Ingeborg, un año menor, se encontraba más preparada que él.

Hans era plenamente consciente de su situación; pero, como nuevo cabeza de familia, se negaba a reconocer que no estaba capacitado para embarcar y salir a alta mar con la única ayuda de unas redes y alguna que otra nasa de marisco. No obstante, Marie y yo todavía íbamos a clase, por lo que no teníamos forma alguna de ganarnos la vida de otra manera.

Hans se despertaba cada mañana viviendo en un debate constante entre su miedo irracional a marcharse y salir al océano completamente solo, y la necesidad de conseguir ingresos, ya que los ahorros que mis padres habían dejado para nosotros eran limitados y pronto llegarían a su fin.

Yo, que me encontraba en la posición de confidente de mis dos hermanos, conocía lo que ambos trataban de hacer. Marie se carcomía por la pasividad de Hans y descargaba sobre él toda la frustración que nuestra desgracia le generaba. Esperaba con ansia cualquier oportunidad para relevar a Hans en su tarea. No deberías tomar un riesgo de tal magnitud tú sola, sobre todo cuando no es tu deber –la advertí una noche en la que nos habíamos sentado alrededor de la chimenea para compartir reflexiones.

- No está preparado, Anna, lo sabes también como yo –espetó, con frialdad -. Enviarlo a mar abierto es una misión suicida.

Si en ese momento le hubiera negado a Marie sus palabras, habría mentido rotundamente.

Asimismo, Hans no había aceptado el ofrecimiento de nuestra hermana en un intento de enseñarle lo que ella conocía tras haber acompañado a nuestro padre y abuelo en diversas ocasiones. No obstante, si Hans declinó la oferta no fue por otro motivo que la condición femenina de Marie, cuya valiosa ayuda reemplazó por la de un amigo de Barentsburg aficionado a los barcos que jamás había pescado, Por si fuera poco, consiguió a mi hermana una entrevista a aprendiz de ama de casa.

Marie hervía de cólera.

Con el paso de los meses, Hans comenzó a mejorar sus habilidades: cogía la barca de nuestro padre y daba largos paseos por la bahía. De cuando en cuando, cargaba una red de enormes peces y caminaba por la playa con ella al hombro, para que todos los vecinos pudieran verlo. Entraba a casa con aire triunfal, ganaba más confianza en sí según transcurrían los

días. Sin embargo, con ello también se engañaba a sí mismo. Ni por asomo podíamos mantenernos los tres con una sola red de peces que cualquier vecino podía haber conseguido por su proximidad a tierra firme.

Una de esas mañanas en las que Marie estaba fuera, Hans llegó a casa con una jaula de marisco completamente llena. Me pidió que saliera a hablar con él mientras preparaba a los animales para llevarlos al mercado. Dejé a un lado mi libro de gramática y me senté en las escaleras de madera de la puerta. Supuse que tenía que hablarme de algo importante, por el hecho de que no había conseguido comenzar la conversación con naturalidad, y formulé suavemente la pregunta que necesitaba para empezar a hablar.

- He decidido que en dos noches saldré a mar abierto a pescar.

Esperó una respuesta. No la obtuvo, ya había tomado una decisión, yo ya lo sabía. Estaba siendo temerario e irracional, no había ido nunca solo más allá de las proximidades de la costa del lado oeste de Spitsbergen, y era pleno invierno: una época especialmente peligrosa. Siguió hablando mientras yo sopesaba las probabilidades que tenía de conseguir que entrara en razón.

- Iré yo solo, Kai me ha asegurado que estoy preparado –sonrió con orgullo –. Imagina todo el skrei que cogeré, Annie. Lo venderemos a los exploradores a buen precio y podremos continuar pagando tus lecciones de inglés.

Me abrazó, emocionado, cangrejo en mano. Yo le dediqué una sonrisa forzosa.

- ¿No piensas que es un mal momento para ir? –murmuré – A lo mejor es peligroso que vayas solo ...

- No debes preocuparte, Anna, por favor. Estaré bien –me interrumpió –. Pero, debes jurarme que no dirás nada a Marie.

- Lo juro. Sin embargo, era evidente que dejarle ir solo era exponerlo a un riesgo aterrador, por lo que en cuanto Marie apareció en el umbral de la puerta ataviada con su nuevo uniforme de criada, le hablé de las intenciones de Hans.

La noche de la partida de mi hermano, se respiraba un aire tenso. Marie actuaba con total naturalidad, mientras que Hans tartamudeaba y temblaba inconscientemente. Estaba muerto de miedo, había tomado una buena decisión al hablar con mi hermana.

Hans se retiró del comedor inusualmente temprano y se encerró en su dormitorio. Había pasado toda la tarde preparando la barca para la salida

que debía de durar cinco días. Cuando salió al fin, observó que la puerta del dormitorio de Marie estaba cerrada y con la tenue luz de una vela encendida. Dio por sentado que estaría preparándose para ir a la cama, y me agarró del brazo mientras lo acompañaba hasta el lugar donde tenía amarrada su barca. Tras darme un largo abrazo, se sentó, agarró los remos y comenzó a alejarse a un ritmo dolorosamente lento.

Antes de echar a andar hacia el pueblo, dirigí una última mirada hacia la embarcación, y vi la mano de Marie deslizarse fuera de un montón de mantas y ondear en mi dirección en señal de despedida. Casi podía imaginar la expresión de Hans al día siguiente, cuando descubriera a nuestra hermana agazapada entre las redes y las nasas, en pleno océano.

Cuando entré a mi habitación, observé las estrellas brillar en el despejado cielo nocturno y recé a Dios por que las nubes no volvieran a aparecer hasta que mis hermanos estuvieran en tierra firme de nuevo.

Mis plegarias surtieron efecto los próximos dos días, pero el amanecer del tercero trajo ventiscas y enormes olas a la bahía. Era presa de la desesperación, lo único que podía hacer era esperar que mar adentro el temporal se mantuviera en calma. Aún quedaban un par de días para que volvieran, y pasaba las horas de pie en la arena de la playa, esperando a que la silueta de una barca se dibujara en el horizonte, mientras mi abrigo se cubría de nieve y mi cara enrojecía hasta tornarse azul.

En ocasiones, Borghild, una amiga de Hans, se acercaba a hacerme compañía y a traerme bebidas calientes. Aunque ella no aguantaba demasiado tiempo allí, esperando un milagro al que yo me aferraba con inacabable esperanza.

La mañana del sexto día, habría bajado a la playa vestida únicamente con mi camisón si no hubiera sido por esa chica. Marie y Hans tenían que llegar esa misma madrugada. El mar estaba en calma, y las nubes eran claras. Borghild y yo corrimos hasta la bahía, nos manchamos los vestidos de la tierra de los caminos, caímos en la nieve y, finalmente, llegamos a nuestro destino.

No había nadie.

Me dejé caer en la húmeda orilla, con los ojos inundados en lágrimas. Me acuné sobre las piedrecillas mientras el agua helada me empapaba todo el cuerpo. Borghild reaccionó con rapidez, alertó a la aldea. En los próximos minutos, al menos una treintena de hombres recorría la costa en pequeños botes en busca de mis hermanos. Las mujeres me envolvieron con mantas y me hicieron regresar a casa.

Sentada junto a mi ventana, miraba la bahía intentando meditar las posibilidades que tenía de que pudieran volver vivos. Tal vez con el temporal se habían retrasado, o habían tenido que refugiarse en algún lugar. Los hombres seguían sin aparecer por la tarde. Cada vez confiaba más en que estaban en mar abierto, de camino a casa. Borghild y su madre me ayudaron a alentar a acostarme. El ambiente permanecía calmado, escuchaba a algunas mujeres orar por mi familia alrededor de la chimenea, otras conversas entre susurros con sus hijos en brazos. La calma me permitió dormitar unos instantes.

Momentos después de que lograra conciliar el sueño, llegó el caos.

Todas las voces cesaron de repente, y en su lugar resonó el eco de una pequeña multitud de pasos precipitados en dirección a la puerta. Oí un claro "ya están a qué", por lo que supuse que esperaban que bajara con ellas. Pero en lugar de eso, me agazapé de nuevo contra el cristal empañado de la ventana. Lo limpié con la manga del vestido, vislumbré decenas de puntos de luz sobre la oscuridad del mar.

Vi a Borghild y algunas mujeres jóvenes salir apresuradas con velas hasta la playa.

Finalmente, sus siluetas se perdieron de vista y me mantuve pegada a la ventana un tiempo que sentí como una tediosa eternidad.

De pronto, de la oscuridad surgieron algunos faroles, portados por Borghild, las otras jóvenes y, esta vez, algunos muchachos que volvían de los barcos. Ya nadie se preocupaba por mantener la calma y el silencio; todos gritaban y se movían alborotadamente. Comprendí que, en vez de haberse reducido la tensión, algunas personas parecían encontrarse al borde del colapso. El barullo del pasillo resultaba ensordecedor, estaban llegando el resto de los hombres.

Decidí que era mi responsabilidad conocer lo que había sucedido. Abrí la puerta.

Algunas muchachas sollozaban estruendosamente, otras palidecían y simulaban abanicarse la cara con la mano. No pude evitar reparar en que todos y cada uno de los individuos allí congregados se detenían a dirigirme una mirada apesadumbrada.

- Pobre chica, ¿qué va a ser de ella ahora? –escuché lamentarse a la mujer del tendero.

- He oído decir a los hombres que habían chocado contra los acantilados de Forlandet cuando volvían – balbuceó en voz baja una muchacha,

lastimeramente.

- Se quedará destrozada ... ¡Perder a toda su familia en tan poco tiempo!
-susurró alguien más.

La madre de Borghild se acercó a ella. Su rostro dibujaba la más triste de las miradas.

- Anna, querida, lo siento ... Antes de que pudiera finalizar la frase, me abrí paso hasta la puerta de salida. Me encontraba mareada, y agradecí el gélido viento para despejarme. Frente a la casa, el resto de hombres volvían lentamente, con aire decaído, incluso fúnebre. Entonces fue cuando mis ojos se adaptaron a la negrura de la noche, y la silueta de un vecino cargando con las redes y nasas de Hans se perfiló con algo de nitidez. Detrás de él, otra persona sostenía un bulto cubierto por mantas.

La mano con la que Marie se había despedido sobresalía de él, caída, sin vida, manchada de sangre. A su lado, otra figura también tapada yacía en brazos de otra persona.

Mientras me flaqueaban las piernas, sentí cómo el mundo se me venía encima.